

Yo fui profesor de proyectos

Confesiones poco autobiográficas

por Gonzalo García¹

Copyright © Gonzalo García 2010

Esta obra es propiedad del autor. Está prohibido reproducirla, almacenarla o transmitirla por cualquier medio, incluso parcialmente, en cualquier formato o soporte, sin autorización expresa y escrita, que se puede solicitar a gonzalog@arqueting.com Están autorizadas las citas con la condición de mencionar el origen.

El autor atiende gratuitamente las consultas que se le hagan por escrito sobre la materia de este artículo dirigiéndolas a la dirección de correo indicada arriba.

Otros artículos sobre esta materia en www.arqueting.com

Contenido

Yo fui profesor de proyectos	1
La belleza	2
Resignación: sigo, pero no me dejan	3
Sirvo a mis clientes	3
Conclusiones	4

Yo fui profesor de proyectos

A finales de los sesenta, en la Escuela de arquitectura de Barcelona, durante un par de años nada más acabar la carrera, fui profesor de proyectos.

Los arquitectos andábamos ya entonces empeñados en una misión: impedir que la humanidad siguiera precipitándose hacia la fealdad, o, lo que es lo mismo, pastorearla hacia la belleza.

Eran años de desarrollo, en los que nacían suburbios enteros de edificación barata y fea.

Yo tenía muy claro lo que era la belleza: la escuela de Milán, la *Rinascente*, la *Torre Velasca* (BBPR), Gio Ponti, Aalto, Corbu, Niemeyer, Saarinen, Sterling... En España, Fisac, Sáenz de Oiza, de la Sota, Corrales, Molezún... Más específicamente, en Cataluña, Sostres, Coderch, Mitjans, Correa, Bohigas. Entendía y adoraba las formas que producían. Adquirí prestigio.

Pasé unos años pletórico de seguridad y de ganas de llenar el mundo de belleza, mientras empezaba mis primeras obras y me concentraba en dar clases y corregir ejercicios de proyecto.

¹ Gonzalo García es arquitecto por la UP de Barcelona (1969) y PADE por el IESE (1995). Fundó y trabaja en la empresa Soft S.A., autora del programa Presto.

La belleza

En aquellos años de profesor de proyectos la belleza era para mí algo muy tangible, que me permitía juzgar rápida y rotundamente si algo era bello o no.

Años después, cuando me puse a pensar en qué consistía aquella belleza que yo entendía y enseñaba, acabé concluyendo que era un conjunto de recetas formales emitidas por un famoso, divulgadas por la prensa, prescritas por los profesores de proyectos y sometidas a modas. Una belleza compartida por las elites y mudable en ciclos cortos. Un código no escrito de volúmenes, planos, ángulos, texturas, colores y conexiones que compartían todos los proyectos considerados bellos en un momento dado. Y venía a menudo propuesta con la sentencia 'o así o de ningún modo', el característico 'conmigo o contra mí' de todos los fundamentalismos, tan enemigos siempre de los matices y del pensamiento lateral.

Hoy, cuando analizo lo que veo y lo que me dicen, sigo viendo que las clases en la escuela y las revistas están llenas de rarezas en hormigón visto con cubiertas vegetales, edificios patata, choques de trenes, minimalismos y otras recetas al uso.

Hemos sustituido el segmento áureo, los capiteles y las cariátides, primero por planos ortogonales y prismas rectos, luego por bloques y macizos suspendidos en el aire, después por complejas mallas estructurales vistas, cubiertas textiles y volúmenes no limitados por planos, o por éstos pero sin ángulos rectos... Aceptamos de vez en cuando la belleza de los miopes, que se concentra en cuestiones de pequeña escala, mientras descuida el conjunto; otras veces, la estética de lo hortera y lo macarra, que al llamarla *kistch* parece quedar justificada.

La única ventaja sobre los cánones del siglo XIX es la brevedad de su vigencia, la disposición a aceptar pronto un nuevo modelo.

En ese contexto distingo tres posibles papeles para los arquitectos: los descubridores, que inician fórmulas; los manieristas, que las aprenden y utilizan; y los reticentes, que las desprecian. Los primeros escasean; los segundos llenan las tarimas de las aulas y tienden a ser intolerantes con la fealdad, talibanes de la nueva fe. Fealdad que, para ellos, es todo aquello que no sea su belleza codificada.

A veces la moda estética se deja arrastrar por la transferencia directa de lo gráfico a la arquitectura. Casi todos los arquitectos pensamos en 3D y dibujamos en 2D. Resulta difícil sustraerse a la belleza del dibujo mismo, que acaba siendo el criterio de diseño, sin pararse a comprender el efecto en el edificio construido. La legibilidad del edificio tiende a ser mayor en los planos que en la realidad, por lo que últimamente hemos decidido emborronar también los planos.

El optimismo tecnológico, que nos ha convencido de que todo se puede hacer, es parcialmente culpable de muchos excesos. Se pueden (*can*) construir voladizos de muchos metros sin apoyos, pero no se pueden (*may*) construir más que en contadísimas ocasiones. Un proyecto fin de carrera de un centro cívico en un pueblo, apoyado en una losa a 1 m del suelo sobre un único pilar central, todo convenientemente patatiforme, obtendría probablemente mejor calificación que otro más realista y construible, pero menos en línea con la moda imperante.

Me sorprende también la permeabilidad de la belleza a las ideologías. En los 80, lo social: la corrala como foro de encuentro, la ciudad como meta social, humanicemos la manzana. En los 2000, la sostenibilidad: llenemos las cubiertas de paneles fotovoltaicos, aunque su fabricación consuma mucha energía y sus residuos sean muy contaminantes, pero así el edificio 'quedará' sostenible.

Un día pregunté a otro arquitecto ‘¿Qué harías si un cliente te pidiese una casa estilo Tudor?’ Primero me miró de un modo que me situó inmediatamente fuera del género *sapiens*; después dudó un poco y me dijo ‘Si un cliente te pide una casa Tudor, tú le aseguras que en realidad no quiere una casa Tudor y le haces una casa tuya, como debe ser. Le intentas convencer o ni eso: comienzas a trabajar y procuras no escucharle’.

Pensé que cuando el cliente recibiera la casa minimalista probablemente se quejaría. Se quejaría de algo, de lo aparente, de que tiene goteras, pero su verdadera protesta interna será que la casa no le parece confortable, la encuentra fea y, sobre todo, no es lo que él quería.

A veces adoramos a una belleza esquiva, mudable, casi siempre prestada; y nos aferramos a ella con el furor de un cruzado que lucha por la única causa justa, haciendo que prevalezca sobre criterios tan básicos como procurar la satisfacción del cliente, la economía de medios o la duración en buen estado del edificio construido.

Resignación: sigo, pero no me dejan

Mi vida profesional, que empezó bien, como queda dicho, siguió mal, y empeorando. Los encargos aumentaban de tamaño y de PEM, y ese aumento venía acompañado por una insistencia creciente de los clientes en cosas enojosas: tienes que bajar un 10% el PEM, esas cubiertas planas no son aceptables porque tendrán goteras, parte la luz de ese vano tan grande con un pilar aquí, para abaratar la estructura... Obtener licencia de edificación en unos ayuntamientos era un martirio y en otros, dos.

Cuando, de vez en cuando, tenía un rato para reflexionar, me daba cuenta de que aquello a lo que me dedicaba no era lo que yo quería. El ratio alegrías / problemas era cada vez más bajo. Ganaba poco dinero. Yo quería ir en una dirección y no me dejaban. Estaba yendo en otra, que yo no sabía adónde llevaba. Estaba angustiado.

Sirvo a mis clientes

Un día conocí a un joven arquitecto que me cayó muy bien. Nos asociamos.

Él carecía de prejuicios: analizaba los acontecimientos según venían, con intensidad y despreocupación, sin plantearse soluciones a priori. Cada vez que, en una conversación sobre cualquier cosa, yo argumentaba cosas como ‘Pero es que eso no lo podemos hacer’, él me miraba sorprendido y decía ‘¿Por qué?’ Muchas veces, para contestar, yo sólo atinaba a decir ‘Porque no es correcto’, ‘Porque no se lleva’, ‘Porque nadie lo hace’ o ‘Porque se enfadarán’. Esas razones cada vez me sonaban más a huecas.

Poco a poco, viéndole actuar, mis posiciones fueron cambiando. Los clientes dejaron de ser un estorbo en mi camino hacia la belleza y pasaron a ser el objetivo principal de mi trabajo. Dejaron de estar enfrente y pasaron a estar al lado. Escuchaba lo que me decían, lo analizaba, y comprobé que a menudo lo que decían tenía valor. Mi arquitectura se iba alejando del canon, pero fui recuperando la paz interior.

Enseguida me vi alineado en las filas de los arquitectos mediocres, separados de los *fashion* por un foso insalvable, que sólo cruzaban oleadas de desprecio de allá para acá.

Cuando alguna vez he intentado explicar mi cambio de rumbo a alguno de mis antiguos colegas, me he encontrado un obstáculo invisible pero perceptible que le ponía a él por encima de mí. Me trataba con precaución y con algo de asco. Uno me dijo aquello de ‘Como no has logrado que tu conducta se ajustase a la norma, estás ajustando la norma a tu conducta’.

Conclusiones

1. Trabajar para satisfacer al cliente tiene un sentido muy profundo. Los buenos arquitectos han hecho sus mejores obras preocupados principalmente por satisfacer a su cliente. Fíjate en esta carta de Wright a su cliente Mr. Martin:



Martin House

25 de marzo de 1903

Mr. D.D. Martin
Larkin Soap Co.
Buffalo, N.Y.

Muy Sr. mío:

Su carta de hace unos días llegó correctamente, pero los bocetos acaban de llegar.

Sus sugerencias serán incorporadas a los planos que enseguida podré enviarle acabados.

En contestación a algunas de sus preguntas, podría decirse que el temor a la vibración de los parasoles es una alucinación que puede molestarle por anticipado, pero que parecerá extremadamente insignificante cuando suceda. La escalera puede simplificarse. El pavimento monolítico cuesta alrededor de 354 por pié cuadrado en pequeñas cantidades, creo. La muestra que menciona va adjunta a este correo. Las baldosas de caucho entrelazado son lo mejor que se puede imaginar, pero pienso que podemos instalar linóleo con los bordes levantados para lograr el objetivo con una décima parte del coste.

Suyo afectísimo
Frank Lloyd Wright

Frank Lloyd Wright Letters to clients, seleccionadas y comentadas por Bruce Brooks Pfeiffer, The Press at California State

University, Fresno, California, 1986. Traducción del autor.

Texto original:

Dear Sir:

Your letter of a few days ago was duly received but the sketches have just arrived.

Your suggestions will be embodied in the plans which can go right ahead here now.

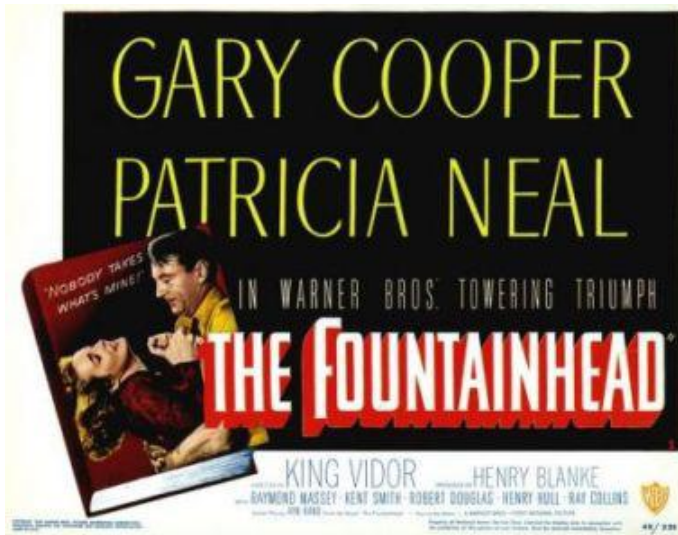
In answer to some of your questions it may be said that the fear of shades rattling is an hallucination which might bother you in advance but will seem extremely insignificant when it has come to pass. The stairway can be simplified. Monolith floor costs about 35¢ per sq. ft. in small quantities, I believe. The sample you speak of is mailed with this. Interlocking rubber tile is the best thing imaginable but I think we can manage to lay linoleum with edges turned up to answer the purpose at one tenth the cost.

Yours truly,

Frank Lloyd Wright

Referring to the matter of the rattling shade, it might be settled by the use of the same shade you find in the car windows—a Barrowes shade sliding in grooves in the window jambs. We are now putting them in Mr. Willits' Highland Park house.

2. Los profesores de proyectos harán un gran bien a sus alumnos, a la profesión y a la arquitectura si
 - a) conceden mayor importancia a la integración de disciplinas, imponiendo a los alumnos los límites a la libertad formal que impone la vida. Los proyectos no pueden pensarse sin materia, sin precio, sin peso, sin condicionamientos legales.
 - b) incluyen en el programa de cada ejercicio los objetivos del cliente, un bosquejo de su perfil humano, de sus preferencias y caprichos.
 - c) insisten más en la dimensión técnica de sus alumnos, haciéndoles recapacitar sobre la importancia de lograr sus edificios utilizando pocos recursos.



“Hemos de retirar de la vista a Roark (el arquitecto protagonista de ‘El Manantial’, la famosa novela de Ayn Rand), personaje que se propone a menudo en la cultura de las escuelas de arquitectura como ‘el auténtico camino’. Esto perjudica a los estudiantes por diferentes motivos. Enseña que el único objetivo deseable es convertirse en un profesional individualista que sabe más que nadie y que impondrá sus convicciones a un público ignorante”. (Segal, Paul *Professional Practice, A guide to turning designs into buildings*, W W Norton & Company, New York, 2006).